

El arte de subrayar

Clemente López Trujillo

ANTICIPACIONES

Antonio Acevedo Escobedo —recuerdos del camborio en García Lorca— hame sugerido un tema encantador que se mueve en torno de la lectura. Si ésta es un arte, la manía de subrayar cuando leemos también es un arte. El tema está ahora dando vueltas en derredor de lo que llamamos el arte de subrayar, de esa "manía de subrayar", según la palabra que en su caso dejó caer Acevedo Escobedo, el joven crítico de las gafas inapelables graduadas con enigmática exactitud.

Leer es ponerse en condiciones de emocionarse; y el subrayar es una disposición de quien ya está emocionado.

Preguntáronle a un pintor abstraído en su trabajo, qué impresión tenía del cuadro que estaba pintando, y respondió: "no puedo decir nada, estoy emocionado". Igual debería contestar quien subraya cuando se le pregunta por qué lo hace. Su decir: subrayo porque estoy emocionado, sería lo mismo que: no puedo explicárselo porque al subrayar me invade una emoción apasionante.

Es cierto que el placer de emocionarse puede convertirse en una manía, pero esto no quita ni un alpiste a la sensibilidad. Cuando se tiene la manía de lectura, por el camino del éxtasis, es muy provechosa para quienes saben aprovecharla, su manía. Y también es muy cierto que no todas las manías conducen a la locura, aunque sus fronteras estén delimitadas sólo por una actitud de excentricidad. Se es excéntrico en todo acto en que la cultura se amolda al espíritu del hombre. Excéntrico es todo lector que, ya emocionado salta con los ojos, de un párrafo que le hirió en lo más hondo de su fondo



emotivo, al lápiz que lo pone temperamentalmente de acuerdo o en desacuerdo con el autor. La emoción, entonces, se ha derramado con torrencial interés. Y estar emocionado es evadirse del centro de uno mismo para poner el pie en la emoción que se experimenta, y que está fuera y dentro de uno mismo. Por tanto la manía de leer como la lectura misma se penetran y confunden, quedándoles un solo punto de apoyo: la emoción invasora.

Confieso que desde los quince años —edad peligrosa para las lecturas— comencé por subrayar en mis libros y periódicos. Corren ya diecisiete años en este juego de color en que los matices de la lectura vienen directamente de las palabras subrayadas. Es un juego emocionado y emocionante. A veces un solo nombre es un golpe de eternidad, en el libro y en el lector. Un golpe de eternidad que es necesario detener para eternizarlo en uno mismo.

No recuerdo que alguien me haya sugerido esta manía de subrayar. Pero conviene decir que en *Flammarion*, que es lo mismo decir fantasía, abrióseme la almendra de querer hacer eternas las palabras en y fuera de los libros. En las *Memorias de un astrónomo* descubrí, o mejor presentí, que el subrayar podría ser un arte, porque yo subrayaba emocionado. Subrayar —pensamos ahora— es entrar en diálogo el lector con el autor. Un diálogo lúcido, sin peligrosas pendientes eruditas, sí con suaves pendientes de color. Un diálogo, en fin, en que las palabras resaltan por el color que se ponga debajo de ellas. Por eso comencé a usar lápices de plombagina azul, para contener, refrenar en cierto modo y sentido, los empujones de la emoción. Suele ésta ser lo bastante tentadora para llevarnos a quién sabe qué cavernas donde una tenue luz nos ilumina o una muy intensa nos ciega. Y un color suave, como el azul graduado deliciosamente, nos enseña a detenernos a tiempo, y ser exactos, en lo posible, con las tentaciones.

"Apacible manía" llama Acevedo a esto que nosotros decimos ser un arte porque nos emociona, o porque, emocionados, subrayamos. Ahora bien: podrá ser apacible esa manía cuando en el actor los sentidos se pasean, a través de la lectura, sin pre-

ocupaciones inmediatas de continuidad asimilativa. Más bien se trata de una manía lenta pero claveteada de conmociones espirituales. Luego agrega: "dime qué subrayar en tus libros y te diré quién eres". Subrayo, luego existo como lector emocionado, agregamos nosotros. Y con esto basta. Pero las dos cosas van aparejadas y brincan de puro gozo en la sensibilidad.

Quien no subraya está perdido de tomo y lomo porque no tiene una noción de lo que es el tiempo, y éste —¡quién no lo sabe!— nos ayuda a ratificar o rectificar. Quien leyendo, en vez de subrayar se pone a hacer notas en papeletas o al margen del libro, cosa esta última que lo afea grandemente, empuja el tiempo hacia adelante. Hacer notas es perder terreno mental, cuando se lee. No lo debemos hacer por respeto a la imaginación que se merece nuestros mejores votos. Por respeto a la imaginación que está trabajando y debemos dejarla terminar convenientemente. La imaginación decía Renán, es la "gran mágica". Y estamos obligados moral y santamente a permitir que reaccione por sí sola, pegarse a la pared, contonearse sobre la mesa, danzar en torno nuestro, y a lo último, descansar. Al día siguiente se levantará, acaso muy de madrugada, vestida de terciopelo o de percal, según las condiciones "económicas" de su propietario o director. Amanecerá fresca y rozagante, moza al fin a los quince o los cuarenta años.

No hay que precipitarse con la imaginación. Ella, si es precipitada, sabrá luego adaptarse a la atmósfera de que la rodeamos. Porque a la imaginación, si no le ponemos ciertas trabas y obstáculos, acabará por dominarnos y sojuzgarnos. Y de ahí el riesgo de resbalar irremediabilmente hacia lo cursi. Si "la loca de la casa" desvaría mucho hay que bañarla con agua fresca. A cántaros de frescura y sencillez. Y será ella misma, en nuestra propia casa, la locura que canta con medida y juega a los manantiales del deseo. Desear, y no es necesario decir que alguien lo ha dicho, es una manera de poseer.

Ciertos jóvenes poetas se dejan arrastrar por la imaginación. Pero no se trata de años más o años menos, en los poetas. Se trata de la manera como ven y sienten sus cosas: imágenes o palabras simplemente. Escriben sus poemas, a veces, con



aciertos admirables. Pero no es nada alentador leerlos en prosa porque se sufre una desilusión. Escriben en prosa emboscados en las mismas palabras y con los mismos matices que utilizan en sus poemas. No saben saltar del poema a la prosa. Se imponen una "disciplina": la de ignorarse a sí mismos porque no saben distinguir. Nunca debemos imitar en prosa lo que hagamos con el poema, porque caeremos en un círculo vicioso. El poema puede o no ser sincero. La prosa tiene que ser sincera o abismarse en la cursilería.

Leer es abstraerse, desintegrarse, para luego ser más integralmente en el pensar a través de una emocionada concentración. Pero esto cae en los dominios del arte de la lectura y del arte de pensar.

México, D.F., noviembre de 1937.

ASIDEROS

Nos preguntamos: ¿pero es un arte el subrayar en los libros? Como tal lo hemos definido, y su no definido presentado, y en este golpe de presencia se aviva una actitud emotiva, y por tangente espacial, una conmovedora ampliación respunteada con exigentes golpecitos de estética elemental. Para nosotros es un arte el subrayar, en el que planean los horizontes estremecidos del deseo en la esperanza, de la muerte en la vida, de poner las cosas en su lugar evitando que éstas pierdan su centro. Nuestro Arte es una feria de palabras y de emociones en que luce la gravedad del sentimiento con un poco de tragedia y con un mucho de pensativa y lenta concentración.

Las Anticipaciones del Arte de Subrayar se han espejeado en el punto consecuente en que la imaginación corretea en las avenidas de sustancial lucidez en el lector. En éste se derrama el cántaro iluminado de esencias cordiales de la lectura. Porque leer es contemplar fuera y dentro de nosotros, colocada la realidad de la lectura en el sitio en que se amplían los nerviosos sistemas musicales del espíritu. Leer es contemplarse a uno mismo, sin relaciones mediatas o inmediatas con

el contenido de la lectura, unas veces. Otras, es enderezar la contemplación en uno mismo incitada y motorizada por la lectura. Y por último, leer es contemplar el paisaje que nos rodea, metiéndonos en él o poniéndonos al margen de sus líneas y contornos, no para aspirar o vivir o sufrir en él, si no nos lo impone una categórica personalidad ajena al minuto en que nos movemos, sino para ser nosotros mismos en aspiración, en vida o en muerte, temblando, si temblamos, sobre nosotros mismos, serena o febrilmente oscilando entre la realidad de una conciencia o la cosmicidad de un carácter.

Subrayar es leer una, dos veces. Nuestro lápiz se apercibe contra las emociones que sentimos que no son exactamente nuestras, y se impone con un selecto tacto emotivo, cumpliendo así con una función que parte de nosotros y que va a entregarse —daga pensadora— a las páginas que se nos ofrecen timbradas de ímpetus generosos, sazonadas de voluntad y mágico deleite.

Las Anticipaciones se han quedado atrás, y sólo gravita en ellas ahora la puntiaguda visión que acecha en el Arte mismo las esquinas del "Saber" subrayar. Pensamos que esta es la palabra que nos hacía falta: saber. Quien sabe subrayar, por ese sólo hecho subraya bien. El saber va paralelo a la disposición emocional de quien lee. Aquí la intención vibra en un sesgo olímpico y se acomoda razonablemente en la intención pura de la lectura que dimana de una emoción que llamamos centralizadora y que se diluye casi vigorosamente en nosotros o fuera de nosotros, es decir, en el libro, para retornar a su punto de partida que es una zona nuestra en que vigilan las resonancias de la experiencia.

Pensamos que el Arte de Subrayar está al alcance de todos. Pretende por sí mismo —y en no pocos casos logra afirmarse en su penetración— contener el desquiciamiento de las metáforas del lector, esas metáforas erectas y directas que ponen a través del camino de su pensar movido por el pensamiento del autor, pequeños o grandes deslumbramientos. Contener ese desquiciamiento de las metáforas en el lector, es un punto muy importante en que nuestro Arte liquida sus más hondas



responsabilidades, en nosotros. Es así como el lector entra más carnosamente en el autor. Con esto tenemos que el Arte de Subrayar, que está al alcance de todos, no es posible que pueda ser asimilado por todos. Alcanzar no es llegar, es estar en inminencia de deseo. Hase dicho que desear es ya una manera de poseer. Pero quien alcanza una cosa está en el camino de poseerla, no la ha poseído aún. Y si nuestro Arte está al alcance de todos debemos entender que todos los que aspiren en nuestro Arte llevan las de ganar si utilizan en su campaña armas limpias. Nuestro Arte exige armas pulidas y en remojo de gozadora responsabilidad en quien las usa. Nuestro Arte es vertical en armas y horizontal en el uso de las mismas. Subrayar no es lo mismo que saber subrayar. Subraya quien quiere pero sólo sabe subrayar quien se ha iniciado a golpes de emocionada plenitud. El Arte de Subrayar no nace, sólo se desenvuelve y penetra en espíritu y sustancia. Fuera de nosotros, es decir, en el libro, para retornar a su punto de partida que es una zona nuestra en que vigilan las resonancias de la experiencia.

De aquí parten los muchas veces sabrosos "asideros" de la lectura que sacaban de sus casillas a don Miguel de Unamuno. Subrayar es exigirse una disciplina motorizada. Para Unamuno es ir amontonando asideros para solaz o humorística recolección de las personas que luego caen en nuestros libros. Don Miguel —nos lo hace entender graciosamente— se tenía miedo a sí mismo, ese miedo a sí mismo que debe tener sus raíces en su angustiada desesperación que él llamaba el sentimiento trágico de la vida. El miedo a sí mismo que en un hombre se extiende derramándole saetas en la estructura del espíritu, a través del Arte de Subrayar, pone en peligro no sólo sus sentimientos y la responsabilidad de sus actitudes frente a un autor, sino toda su prestancia de hombre injertado en árbol de cultura. Sin embargo de todo esto, creemos que Unamuno buenhumorizaba a ratos con las señales que cuando joven imprimía en sus lecturas. Ya después, en vigilante postura como lector y como hombre y como escritor implacable, juega con el recuerdo que tenía de subrayar en sus libros:

"Se ha dicho muchas veces que uno de los mejores modos de conocer a una persona es por los pasajes que subraya y señala en las obras que lee, y esto me ha guiado a no subrayar ni señalar pasaje alguno en mis libros para quitar al que los lea luego asideros por donde juzgarme". Y esto, entendemos, no es más que desolación y desolación. Estaba seguramente don Miguel desolado cuando escribió las palabras transcritas. Desolado y perturbado. Porque podrá haber su toque de humorismo, vertebrado si se quiere, en las palabras de Unamuno, acaso de un profundo humorismo escurriéndose a través de los cristales de una persistente amargura interior. Pero lo cierto es que lo hemos aprisionado con nuestro lápiz de color, caro a Lacentem. Lo hemos encarcelado, ya que él no subrayaba por temor al qué dirán de otras personas, ese qué dirán que se le enredaba en el cuerpo y que él sabía desenredarse para su prestigio o para desprestigiar de sus impugnadores. Pero nosotros lo hemos encarcelado subrayándole la frase para regocijo nuestro y de quienes luego tropiecen con el libro en que señalamos una actitud y una unamunesca contradicción.

No debemos inquietarnos por el qué dirán de las personas de hoy o de mañana en este Arte de Subrayar con que pretendemos subrayarnos a nosotros mismos. Si subrayamos en nuestros libros las cosas o pasajes que nos gustan, exaltan o deprimen, ahí deben quedar para gusto o disgusto de quienes luego se metan en la selva de nuestros modos y maneras de ver y sentir en y con los libros.

Los asideros en el Arte de Subrayar son sabrosos y largamente cosquillosos. Cierta ocasión cayó un libro en nuestras manos que no habíamos leído por ciertas reservas que nos impedía entrar en sus entrañas, pero ese libro hasta cierto punto se salvó por el sólo hecho de encontrarnos con numerosos pasajes subrayados. Y decimos que aquel libro se salvó hasta cierto punto en nuestras manos, porque sin querer, o mejor, queriéndolo profundamente, caímos en la cuenta de que lo leíamos a través de una sensibilidad desconocida para nosotros: Y hubo un momento durante la lectura que nos sentimos identificados más con el lector que nos había precedido, que



con el autor de la obra de quien confesamos que no obstante su lectura seguíamos sosteniendo en nuestro interior ciertas reservas en su contra. He aquí cómo los asideros de don Miguel de Unamuno, que ahora entran a formar cuerpo en nuestro Arte, se actualizan para cuajarse en puntos suspensivos en esta disertación sobre el Arte de Subrayar.

México, D.F., diciembre 30 de 1937.

PARÉNTESIS

Conviene asirse de algo: de un sesgo, de un rasgo, de una contradicción, de una lógica, de una metafísica. O de una palabra. Dadme una palabra que me guste o me disguste, y haré una frase acomodada o no a la imaginación del lector. Una palabra en la que pueda uno sostenerse en pie, en actitud de adiós para los que se quedan a flor de tierra; y en actitud de llegada y de "cómo les va" para los que nos reciben a flor de bienvenida.

Coger las palabras y abrirlas por el vientre: es menester hacerlo siempre así. Llegaremos por este camino a las frases completas en la que el hombre es hombre integralmente, flechado el corazón por un ímpetu de generosa plenitud. Las frases se construyen con palabras y éstas son eternas. Pasan, sí, las frases, pero quedan las palabras. Las palabras están naciendo siempre, lo mismo que hemos leído en Pascal respecto del amor.

Se coge una palabra y se le abre el vientre. Y no pensemos que le damos muerte con esta operación, que si le regalamos una vida más intensa y profunda. Imprimimos en ella un ritmo trascendental que nos sitúa, a su vez, en los planos vitales de una polarizadora concreción. Metemos en ella, en todo su cuerpo histórico que deviene eslabones espirituales en el pueblo, el deseo de quererla hacer a nuestra imagen para que tenga nuestro sabor, y se parezca a nuestro pensar y sentir. Las palabras se parecen a nosotros porque los engendramos en el vientre, siempre desesperado por concebir, de la lengua. Ellas nacen en nosotros, nos asaltan y nos exaltan, porque las entrañas de la lengua las llevamos moviéndose y removiéndose en

el espíritu. Las nutrimos con la leche cálida de la imaginación y las hacemos dar los primeros pasos incitadas por nuestra invariable línea de conducta temperamental, y las enseñamos a pronunciar las primeras letras, y las vemos y palpamos y sentimos crecer incesantes, paralelamente a nuestra sensibilidad. Ellas nos atan a sus caderas menudas o amplias y nos imponen su ritmo o les imponemos el nuestro que tiene, a veces, su origen en ellas mismas.

El de hoy es sólo un paréntesis circunstancial que se abre y se cierra en un conflicto doloroso. Lacentem, amigo de confidencias y de sabrosos mirajes, refiéreme cosas afiladas y prolijas sobre las variaciones de un tema trascendente: el Arte de Subrayar en los libros. Acostumbrado —me decía— a las lecturas de amplios almohadones, es decir, de largas horas mullidas, me servía de pedazos de papel donde copiaba las frases convenientes, poniendo en cada caso arriba de los pliegos el nombre del autor y el título del libro. Las frases son las entrañas de los libros, las entrañas musicales de los hombres.

Releyendo una vez un libro por medio de mis hojas de papel —agregó nuestro informante— encontré unas palabras que me parecieron admirables. Las leí una y otra vez con los ojos y luego las leí en voz alta, que es como mejor se meten y arraigan las palabras en el espíritu. Pensé que estas palabras estaban más allá del autor, urgiéndome a declararlas con libertad que eran suyas. Creí que me defraudaban. Fui a la biblioteca, tomé el libro y toda la noche la transité buscando la frase que necesitaba identificar. Todo fue inútil. Tiré el libro y me dormí no sin disgusto y honda preocupación. A la mañana siguiente me golpeó la memoria con certeza lucidez en el sitio en que se aposenta la claridad en el cerebro. Aquellas palabras eran mías, yo las había escrito debajo de las palabras de otro hombre. Y me avergoncé por haber creído que se trataba de una frase admirable, cuando no lo era en verdad.

La frase de Lacentem era mediocre, y sólo se dio cuenta de esto después del convencimiento íntimo que tuvo de que era totalmente suya. Cuando él pensó que el autor lo defraudaba, lo pensó con lealtad en el corazón. Y realmente fue defraudado, engañado, porque de haber sido la frase de otro que no



fuese Lacentem —y esto no quiere decir que Lacentem sea un autor— la hubiese cogido por las entrañas y la hubiera vuelto a hacer, a su manera, de acuerdo con su sensibilidad. Hubiera hecho siquiera una frase por influencia y quizás la habría superado. Porque en eso está el valor de las influencias: en superar la vibración eternizadora que estremece a un cuerpo. Influir es poner en movimiento los misteriosos resortes del pensar. No hay hombre completo sin influencias completas. Las influencias a medias conducen por su propia limitación a incontenibles desastres de la inteligencia. Es muy cierto que las influencias son peligrosas en grado máximo, pero los peligros se sortean cotidianamente con sólo el tacto vital de la imaginación.

Lacentem resolvió en vista de lo acaecido no copiar ya más frases. Se dedicó a la tarea, rumorosa y vibrante, de subrayar con lápices de colores, a tal grado y con tanta inclinación, que lo hemos visto cargado de lápices en todos los bolsillos de su traje, y creo que hasta en los del espíritu. Sus lápices son gordos y largos, prefiriendo los azules porque este color le obsequia a su sangre con un suave rumor de tuteo intelectual.

Cuando subrayamos una frase, a veces una sola palabra, parece que le infundimos nueva vida, que le inyectamos un nuevo estremecimiento en el papel y en la conciencia misma del papel. La piel de los libros es piel humana. Piel divina, piel humana ésta de los libros en que dejamos prendida nuestra carne de afán y de conocimiento. Si la sabiduría no se da en los libros, en cambio se llega a tener conocimiento de la sabiduría a través de los libros. Romain Rolland dice que la sabiduría se adquiere caminando.

Coger frases en la lectura, cazándolas con un lápiz de color en el propio libro, es no querer morir uno de gozo, para gozarse más experimentando las pulsaciones de un morir sin morir; es detener la marcha de la razón que cuando va a grandes pasos tropieza, grita y se desintegra; es no querer morir para vivir y re-vivir en el pensamiento estructurado de los demás, con aletazos de sangre, de carne y de huesos; es decirle a un autor: tú me das un golpe mortal, pero yo te encarcelo.

México, D.F., diciembre de 1937.

LOS CIEN AÑOS MÁS UNO DE CLEMENTE LÓPEZ TRUJILLO

Francisco López Cervantes,
Clemente López Trujillo,
José Emilio Pacheco, Raúl
Maldonado Coello y Agustín
Monreal. Foto del *Diario del
Sureste*, agosto de 1981.



Con el ex gobernador José
González Beytia y Efraín
Huerta, entre otros. 1980.



Con Raúl el Negro Gasque y
Juan Duch Collel, entre otros.

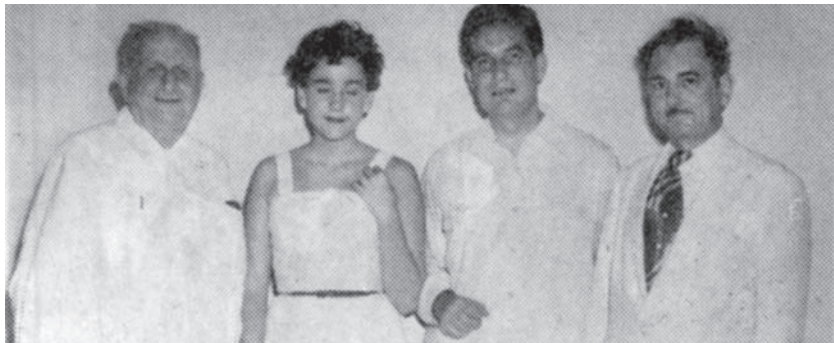




Ermilo Abreu Gómez, su esposa Margarita Paz, Elicio Duch y Clemente López Trujillo.



Con Efraín Huerta.



Antonio Mediz Bolio, Elena Garro, Octavio Paz y Clemente López Trujillo.



Clemente López Trujillo con Daniel Cosío Villegas.